

pal de la ciudad, y por lo mismo, las casas que lo adornaban, eran las mas notables. Las que pertenecian á la clase regularmente acomodada eran de adobe, pero bien blanqueadas, y las habitadas por la generalidad, de barro endurecido al sol y de tierra. La mayor parte contaban un solo piso, y los techos de todas se componian de hojas de palma perfectamente enlazadas, que presentaban la suficiente consistencia contra la intemperie, y proporcionaban mayor frescura á las habitaciones.

Al llegar el corto ejército al frente del palacio, el señor de Cempoala salió á recibir á Cortés al espacioso patio del edificio. Era el cacique de una obesidad monstruosa, que apenas le permitia caminar; pero de inteligencia clara y de maneras corteses. Al acercarse al jefe español, apoyado en dos de sus nobles, le saludó con las ceremonias acostumbradas en el país, y le incensó con aromático copal. Cortés le abrazó afectuosamente, y el atento cacique, despues de dar á su respetable huésped la bienvenida, se despidió, ofreciendo que volveria á verle así que hubiese descansado de la fatiga del viaje, y de haber señalado un espacioso edificio, próximo al templo principal, para que se alojase la tropa (1).

No por estas demostraciones de aprecio y de consideracion recibidas del bondadoso cacique, dejó Hernan Cortés

(1) No es verosímil lo que refiere Solís al hablar de la entrevista entre el cacique y Cortés. Asegura que al ver al «príncipe de rara hechura, fué necesario que Cortés detuviese la risa de los soldados, y porque tenia que reprimir en sí, dió la orden con forzada severidad.» Bernal Diaz del Castillo, que estuvo presente, nada dice de ese incidente que, á ser cierto, lo hubiera sin duda re-

de tomar sus providencias de seguridad. Colocó centinelas en los puntos principales del amplio cuartel que le habian destinado, y dió orden de que ningun soldado se alejase de la plaza. Luego, siguiendo su sistema cautivador de aprecio y de bondad que desde el principio habia observado con los habitantes de los puntos en que habia desembarcado, recomendó que no se ofendiese en lo mas mínimo á ninguno de los nativos del país, y que se les tratase con la deferencia y cariño á que eran verdaderamente acreedores.

Transcurridos algunos instantes, se presentó en los anchos salones en que se hallaban cómodamente los soldados, un número considerable de indios, conduciendo buenas y abundantes provisiones de aves, de pan de maíz y de jugosas frutas para que se alimentasen.

Todo era allí espléndido y llevaba el sello de la bondad y del cariño.

Terminada la comida, volvió á presentarse el señor de Cempoala, conducido en unas lujosas andas y acompañado de los principales nobles del reino. Todos ostentaban ricas mantas de algodón sobre sus hombros, y adornos de oro y piedras en las orejas y en el labio inferior. Cortés salió á recibirle y le abrazó respetuosamente. El cacique le obsequió entonces con un presente de algunas joyas de oro de poco valor y finas mantas, en testimonio de su aprecio. El

ferido, como refiere cosas mas pequeñas y de menos importancia. Ni era propio de la situacion ni del carácter de Cortés, el que solo la obesidad de un hombre pudiera provocar su risa. En los momentos graves, el ánimo está demasiado preocupado con el asunto principal, y no da lugar á que nos detengamos en aquellos momentos, en la mas ó menos perfeccion física de los demás.

general español le pagó la visita, y en la conferencia secreta que tuvieron, en la que Marina y Aguilar fueron los intérpretes, ensalzó el poder de su monarca Carlos V, y la noble misión con que le había enviado á aquellos países. Le manifestó que el deseo de su augusto soberano era apartarles de la funesta religión en que sacrificaban á sus semejantes, y que abrazasen la dulce y humanitaria del catolicismo; que además había llegado á sus oídos que en aquellos ricos países gemían bajo la opresión de un tirano conquistador de innumerables pueblos, y que había sido enviado con objeto de ayudar á los oprimidos y de derrocar al opresor. «Si, pues, teneis alguna ofensa que vengar, añadió, ó algún derecho que defender, decídmelo, que desde ahora os ofrezco que lo alcanzareis mediante mi cooperación.» Las palabras diestramente vertidas por Cortés, llenaron de consuelo y esperanza el corazón del noble cacique. La oferta del jefe español fué para él de la más alta importancia, y dejando escapar un profundo suspiro, dió libre rienda á sus quejas contra Moctezuma. Pintó, con vehemencia, la tiranía ejercida por los monarcas mejicanos sobre las naciones conquistadas; los enormes tributos que pesaban sobre todos los reinos y señoríos supeditados á la fuerza del conquistador; la manera con que la tribu azteca se había presentado en el Anáhuac, y cómo siendo la última que se estableció en el país, logró por medio de las armas y de su alianza con los acolhuas, extender su poder, engrandeciéndose con la ruina y la conquista de los países que antes que ella vivían en el Anáhuac. Ponderó el afligido cacique el poder de Moctezuma, aunque poniéndole inferior á su tiranía; manifestó que todo el oro que se co-

gia en las provincias supeditadas, estaba destinado para aumentar sus riquezas; que los recaudadores de los tributos se apoderaban de las doncellas más hermosas, de sus mujeres y de sus hijas para gozar de sus caricias, y de los jóvenes para destinarlos al sacrificio; que los infelices que tenían la desgracia de no tener con qué pagar el tributo, eran vendidos como esclavos, y que nadie tenía seguridad ni de su vida ni de su hacienda.»

Cortés se manifestó indignado contra la tiranía ejercida por Moctezuma en los pueblos conquistados; declaró al cacique que no permitiría jamás que continuasen las atrocidades que acababa de escuchar; que había sido enviado para defender al débil contra el poder del fuerte, y que desde aquel instante se declaraba protector de las provincias oprimidas.

El cacique, agradecido á la promesa del jefe español, le hizo saber que solo una guerrera nación, la república de Tlaxcala, enemiga poderosa de Méjico y vecina temible para Moctezuma, por el indomable valor de sus hijos, había logrado conservar su independencia, viéndose obligada para no perderla á sostener una guerra constante con los mejicanos. Añadió que había muchas provincias anhelantes por sacudir el insoportable yugo que les oprimía; que el territorio totonaco contaba con treinta villas y pueblos, gobernados por diversos caciques, que podían poner sobre las armas cien mil guerreros; pero que nadie se atrevía á provocar las iras del monarca conquistador.

Hernán Cortés le aseguró que pronto terminaría el reinado de la injusticia y de la opresión; que estaba dispuesto á favorecer á las provincias oprimidas por un tirano, y

que si los totonacos le eran leales y deseaban recobrar su libertad, les daría su apoyo para que sacudiesen el pesado yugo azteca.

El cacique expresó su gratitud con palabras las mas sinceras; pero indicó su temor de declararse abiertamente contra el poderoso Moctezuma, cuyos numerosos ejércitos podrian caer sobre su provincia, destruyendo sus ciudades y reduciendo á la esclavitud á sus habitantes. Cortés le tranquilizó asegurándole que todo el poder de Moctezuma quedaria reducido á polvo ante la fuerza de sus soldados. Luego, estrechándole la mano, le manifestó que en otra entrevista tratarian del arreglo que seria conveniente hacer para dar cima á la obra, pues la necesidad de atender á la seguridad de los buques, le obligaba, por entonces, á marchar á *Chiahuitzla*.

El cacique, animado por las jactanciosas palabras de Cortés, que no podia juzgarlas exageradas, pues sabia la derrota sufrida por los ejércitos de Tabasco, quedó contento, esperando con afan la vuelta de sus extraordinarios huéspedes.

Hernan Cortés se retiró á su alojamiento lleno de satisfaccion y de alegría por las importantes noticias que acababa de adquirir. Ellas le presentaban, de una manera clara, la situacion en que se encontraba el país, y venian á convencerle de la posibilidad de realizar el derrumbamiento del poderoso trono azteca con los elementos mismos que le presentaba el país.

Antes, dotado de su espíritu caballeresco, y confiando en Dios y en su valor, se habia propuesto arrostrar todos los peligros para llegar á la corte de Moctezuma. En aque-

llos momentos la empresa se presentaba mas fácil; y si cuando solo contaba con su pequeño ejército, no desistió de su empeño, no obstante la oposicion de muchos, entonces su resolucion tenia que ser irrevocable, puesto que podia levantar las dos terceras partes del país contra el opresor de los diversos reinos, y vencer con su ayuda.

Animado de las mas lisonjeras esperanzas y arrebatado de entusiasmo por la brillante perspectiva que se presentaba á su imaginacion, comunicó á sus capitanes las interesantes nuevas que acababa de adquirir, logrando transmitir á todos su confianza en el buen éxito de la empresa.

Sin embargo, era ésta algo mas difícil de lo que en medio del regocijo inspirado por las interesantes noticias dadas por el cacique, le presentaba su imaginacion. Para realizar el pensamiento que le halagaba, muchos peligros tenia que arrostrar, muchas batallas que sostener, muchas privaciones que sufrir. No era sobre un camino de rosas por el que conduciría á sus soldados á la toma de la capital del imperio azteca, sino por un camino sembrado de obstáculos, defendido por numerosos y valientes ejércitos, bajo una nube de flechas y de piedras, bajo las cuales sucumbirian muchos de sus valientes compañeros, y aun él mismo se hallaria en riesgo de sucumbir.